



Tesis Psicológica

ISSN: 1909-8391

tesispsicologica@libertadores.edu.co

Fundación Universitaria Los Libertadores

Colombia

Marín Arias, Daniel

Reseña de "El mundo interpersonal del infante" de D. Stern

Tesis Psicológica, núm. 4, noviembre, 2009, pp. 142-145

Fundación Universitaria Los Libertadores

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=139013586013>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# *El mundo interpersonal del infante*

Stern, D. (1991).  
Buenos Aires: Paidós, pp. 373.

Stern representa quizá una de las formas más acertadas de configurar al infante desde la esfera psicoanalítica, donde supo interpretar los postulados de Margaret Mead, en su mirada al desarrollo psíquico del infante.

Sorprende por demás en su texto la mezcla entre la filosofía y el psicoanálisis, hecho fundamental para entender su obra; plantea un modelo esférico de capas concéntricas que amplían en forma progresiva la estructura psíquica del niño, aduciendo que en el centro de esta estructura se encuentra el *self*; de allí emerge el concepto de la intersubjetividad, en que la historia personal se entreteje en las diferentes capas, las cuales no son excluyentes ni tampoco independientes.

Para Stern, cuando se lastima el *self* o las capas

subsiguientes, este se proyecta a la superficie y cuanto más temprano sea el daño, mayor representación en la vida posterior del individuo; es así como las experiencias desagradables se magnifican en la superficie con consecuencias a futuro, explicándose de cierta manera las alteraciones de la vida sentimental de individuos con agresiones en su infancia.

La noción del sí mismo, *self-selvt*, es el yo más la representación mental de todos los objetos que existen en el yo. La totalidad en mi mente a lo largo de la vida que antes no estaba y ahora está. No se puede ser nada si no se es yo primero; esto hace que posteriormente se siga siendo un yo único e irrepetible.

De esta manera, Daniel Stern intenta aclarar la diferencia entre el infante observado y el infan-

te clínico, identificando al infante clínico como el niño enfermo que creció hasta convertirse en paciente psiquiátrico y que es producto de la relación conjunta del adulto y el terapeuta que tiene una teoría sobre la experiencia del infante.

Este infante recreado está constituido por recuerdos, reconceptualizaciones presentes en la transferencia, e interpretaciones teóricamente guiadas, y el infante observado, equivalente al niño sano, definido como un instructor para dar sentido a la totalidad del primer periodo de la historia de la vida del paciente, una historia que emerge en el curso de la narración con algún otro.

Historia que es descubierta y modificada por el narrador, la cual solo llega a decirse por el narrador y no por la verdad histórica de lo que sucedió; en otras palabras, la vida real se experimenta pero no se traduce tal como fue vivida, sino que hace parte de un simple relato, es decir, en palabras de Stern, el pasado es una ficción.

Ambos enfoques son indispensables para la presente tarea de pensar en el desarrollo del sentido del sí mismo del infante.

El infante clínico insufla vida subjetiva en el infante observado, mientras que el infante observado señala las teorías generales sobre las cuales se puede erigir la vida subjetiva inferida en el infante clínico.

Discute los modelos de desarrollo descritos hasta el momento, explica las diferencias entre Freud, Erickson, Kleim, Mahle y Kohut; es enfático en que los abordajes lineales se alejan de la realidad del infante clínico y acerca del infante observado.

Considera que el sentido del sí mismo es un constructo a partir de un modelo esférico de

crecimiento concéntrico donde se representan los rasgos clínicos de todo el ciclo vital y no de las fases de la vida; por lo tanto la maduración de cada individuo no se da por la edad o rangos etarios, sino por la adquisición de sentidos y funciones.

Los sentidos del sí mismo considerados por Stern permiten entender que, si son dañados en la infancia por el establecimiento de las relaciones primarias, pueden dañar severamente el desarrollo social y llevar a la locura.

El daño del sentido de la agencia puede llevar a sensación de enajenamiento de la propia acción, experiencia de pérdida del control de los agentes externos: la pérdida del sentido de cohesión física que puede llevar a una fragmentación de la experiencia corpórea, despersonalización de experiencias extracorpóreas y desrealización; el paciente percibe que existe una metamorfosis, un cambio corporal, una desconexión de la representación mental del cuerpo como unidad; sin el sentido de la continuidad, se puede presentar disociación temporal, estados de fuga, amnesias. El daño del sentido de la afectividad puede dar lugar a anhedonia, estados disociados; de igual manera, la pérdida del sentido del sí mismo subjetivo que permite la intersubjetividad puede llevar a soledad cósmica o en el extremo transparencia psíquica. El sentido de crear organización da paso al caos psíquico, el sentido de transmitir significado, lo que es necesario para que no exista la exclusión de la cultura, poca socialización y ninguna validación de la experiencia personal.

De esta misma forma organiza los cuatro diferentes sentidos del sí mismo, cada uno de los cuales define un dominio distinto de la experiencia del sí mismo y del relacionamiento social. Estos cuatro sentidos del sí mismo se configuran a partir del sentido del sí mismo

emergente que se forma entre el nacimiento y los dos meses, el sentido nuclear que se forma entre los dos y los seis meses; el sentido de un sí mismo subjetivo entre los siete y los quince meses; el sentido de un sí mismo verbal que se forma después del anterior.

Para Stern el sentido del sí mismo organizado nace de la posibilidad de dar forma a un sentido de sí mismo nuclear el cual necesita para su desarrollo la agencia del sí mismo como condición de autor de las propias acciones y las de los otros; es decir, empieza a ubicarse una condición primaria de responsabilidad, lo que implica el control de la acción generada por el sujeto; la coherencia del sí mismo, es decir, un sentido no fragmentado con límites y un lugar de acción coherente con el propio desarrollo del individuo; la afectividad del sí mismo, o sea la experiencia cualificada interior, que le permite la discriminación entre sus propios sentimientos y afectos y los de los otros y una historia del sí mismo, lo que conlleva una perdurabilidad en el tiempo y una relación continua con su propio pasado, situación que permite de cierta manera la autenticidad del ser.

Al explicar el sentido del sí mismo, aclara que conserva los rasgos de la teoría psicoanalítica tradicional, y la teoría del apego, aunque su intención no es organizar el desarrollo. El sí mismo se manifiesta en todas las actividades del ser humano, partiendo de la experiencia subjetiva del infante.

Describe el sí mismo emergente, el cual parte de las integraciones aprendidas en los primeros dos meses de vida, del surgimiento de redes integradoras que no se explican aún por una perspectiva subjetiva organizadora única, y que está relacionado con el sentido del sí mismo nuclear que reposa en el funcionamiento de múltiples capacidades interpersonales; lo que se traduce

cuando posteriormente el mundo subjetivo del infante se altera y la experiencia interpersonal ingresa al dominio del relacionamiento nuclear. De ahí en adelante se conforman nuevas organizaciones que parten de estados nucleares subjetivos, emergiendo del sí mismo subjetivo.

Aclara que en los dos primeros meses el infante se ubica en una fase presocial, precognitiva y preorganizada, donde empieza a construir sus primeros sentidos que le van a permitir la cualificación posterior y los primeros contactos distanciados no solo con su madre, sino con el mundo que la rodea; de allí que sus funciones socializadoras se manifiestan, por ejemplo la sonrisa inicial y su deseo de exploración del mundo. Esto es primer puente de la construcción de lo verbal y lo afectivo, que implica su vida psíquica posterior y su propio aprendizaje.

Posteriormente, y al interactuar con el entorno, la vivencia de experiencias fuera de su contexto inmediato permite la identificación y la traducción de símbolos base de significados para ser comunicados y compartidos por medio del lenguaje, lo cual forma el sí mismo verbal que opera en el dominio del relacionamiento verbal.

A la edad de tres meses el infante da la impresión de ser una persona diferente, participa de cierta manera en la interacción social, y está casi integrado cuando parece que pone en juego planes, acciones, afectos, precepciones y cogniciones durante un breve lapso y en una situación interpersonal, encara el relacionamiento con otros con una perspectiva organizadora que hace que se le sienta como si ya tuviera sentido de sí mismo en tanto cuerpo distinto y coherente, con control sobre sus propias acciones, propiedad de afectividad, un sentido de continuidad y un sentido de las otras personas como interactuantes distintos y separados. Y el mundo empieza a tratarlo como si fuera una persona completa que realmente posee un sentido integrado de sí misma.

Concluye diciendo que en las experiencias vitales los cuatro sentidos del sí mismo se encuentran presentes, todos los dominios del relacionamiento se encuentran activos, ninguno de ellos es más importante sobre los otros, aparecen en una sensación temporal ordenada: primero el emergente, segundo el nuclear, que se van traslapando entre ellos hasta lograr experimentarlos en su totalidad en mayor grado de elaboración. Cada sentido define un dominio del relacionamiento que resulta en cambios cualitativos de la respuesta a la experiencia social que permanece a lo largo de la vida.

*Daniel Marín Arias.* Docente  
Fundación Universitaria Los Libertadores